

ESCENAS RELIGIOSAS.



La primera comunión.

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 10

LA PRIMERA COMUNION.

¡LA PRIMERA COMUNION! ¡Al oír esta palabra, no sentís levantarse multitud de dulces y puros recuerdos! ¿Volverá á aparecer mi juventud? Desde aquel día bendito, las alegrías y los dolores de la vida nos han proporcionado sucesivamente emociones muy contrarias; ninguna puede compararse con aquella.

—¡Oh, la mañana bella de mayo! dice ese hombre de frente pensativa, ¡qué hermosos recuerdos me proporciona! El cielo estaba azul y bello, mi madre era tan dichosa como mi abuelo, el cura estuvo elocuente, y los melodiosos y graves sonidos del órgano se mezclaban con nuestras voces que el temblor debilitaba. El altar estaba preparado, la rústica iglesia estaba preciosa, habían colocado flores por todas partes y sus perfumes se confundían con el incienso subiendo hasta el cielo. Podía decirse que la fiesta estaba tanto alrededor como dentro de nosotros.

La primera comunión, colocada entre la infancia que va á concluir y la adolescencia que va á empezar, marca la primera etapa de nuestra vida y preludia en cierto modo la nueva existencia que va á comenzar para nosotros. ¿Somos de aquellos á quien la necesidad impone el rudo trabajo diario? á partir de este momento, abandonamos los juegos de la primera edad y vamos acompañando á los que han trabajado hasta entonces por nosotros, á sufrir el frío y el calor; ¿somos por el contrario de los privilegiados por la fortuna, por haber nacido en la opulencia? desde la primera comunión podemos pensar en elegir carrera y ver hacia donde hemos de dirigir nuestra grave actividad. Así, pues, seamos hijos de un artesano ó de un príncipe, la PRIMERA COMUNION es nuestro debut en la vida; ese día nos ponemos la toga viril como los hijos de los ciudadanos romanos; pero la toga del cristiano no está empapada en la púrpura de Tiro, es la toga blanca del catecúmeno, es la toga blanca, símbolo del corazón puro y el alma inocente.

Así es, que todas las poesías se juntan y se esfuerzan en cantar esta primera aureola de la vida moral, brillo de la divina luz, de la religión, y en ese cambio del niño á hombre, Dios desciende del cielo y se adelanta como un rey que va á recibir á su hijo mas querido hasta su mismo palacio. Cuando acontecimientos de fechas muy recientes se ofuscan y olvidan ante la infiel memoria, aquel siempre presente reina con un brillo eternamente joven. Todo el mundo sabe el dicho del emperador Napoleon I: «El día de la primera comunión es el mas dichoso de toda nuestra vida.»

GLORIAS DE ESPAÑA.

EUDON, DUQUE DE AQUITANIA.

I.

Dueños ya los árabes de las vastas regiones del Asia y del Africa, y habiendo invadido y apoderándose, con tanta prontitud como felicidad, de la península española, ardian

en deseos de estender todavía sus conquistas y de establecer en todas partes, cimientarra en mano, las falsas creencias de su secta. Quedaban todavía en España algunos rebeldes que conquistar, guarecidos en las asperezas de las montañas de la parte septentrional de la península; pero los árabes, confiados en que aquella gente desesperada no había de resistir mucho tiempo, solo pensaban, sin cuidarse de ella, en pasar los Pirineos y estenderse por las mas fértiles provincias de la Francia, particularmente las de la Galia Gótica y ducado de Aquitania, últimos restos todavía organizados de la antigua monarquía de los godos. Este designio de largo tiempo premeditado, solo llegó á vías de ejecución con el advenimiento al poder del Emir Abderramen ó sea el caudillo mas célebre de su tiempo, conocido entre los árabes con el nombre de Abd-al-Rahman ó sea el servidor del Misericordioso. Este hombre intrépido, mientras que ponía algun orden en los asuntos de la península, hacia venir paulatinamente nuevas huestes de Africa y todo lo disponia para una invasión en la Galias, cuando un imprevisto incidente, vino á apresurar la ejecución de esta formidable empresa.

Para explorar el terreno y como preludios de la invasión había dado órdenes secretas el Emir á Ostman, el caudillo árabe de la frontera de España, por la Galia, para que hiciese algunas incursiones en la tierra enemiga y particularmente en el ducado de Aquitania; pero con grande sorpresa de Abderramen, fué Ostman dando treguas al cumplimiento de las órdenes, hasta concluir por negarse resueltamente á obedecerlas. Pronto se supo con indignación profunda de los mas fanáticos musulmanes, que el caudillo Ostman, no solo estaba en connivencia secreta con los cristianos, sino que hasta tenia concertado su casamiento con Lampegia, la hermosa hija de Eudon, duque de Aquitania. La cólera del Emir fué tan terrible, como pronta su venganza. Envió con sigilo diestros emisarios á los Pirineos, que aprovechando la impresion desfavorable que en gran parte de las tropas habia hecho la defección de Ostman, consiguieron apoderarse de los culpables y en un mismo día fueron enviados á Damasco, la cabeza de Ostman para recuerdo de la venganza, y la noble Lampegia para el ominoso harem del Califa.

Ufano con el prestigio que con este hecho habia conquistado Abderramen entre los suyos, pasó á tomar el mando de el inmenso ejército reunido en los Pirineos y trayendo ya llegado el momento de estender su fama y sus conquistas, dió la orden de marchar adelante. En el momento aquella inmensa muchedumbre, que algunos hacen subir á cuatrocientos mil hombres, se precipitó por las gargantas de la sierra, derramándose como devastador torrente por las provincias de la Francia, sin que nadie fuese osado á contenerla. La mayor irrupción de los bárbaros fué por la Galia Narbonense y siguiendo la corriente del Ródano, las huestes mas avanzadas llegaron hasta los confines de Alsacia. Ciudades importantes como Lyon y Dijon cayeron en poder del enemigo; pero tuvieron los árabes que retroceder bien pronto hasta Aquitania, donde el valeroso duque Eudon, único á quien no cogió de susto la invasión de los infieles, no solo entorpecía su marcha con su hábil resistencia, sino que daba tiempo á los desesperados francos para que se organizasen para la defensa. Así fué, que sin perjuicio de haberse hecho dueños facilmente los árabes de Burdeos y de Tolosa, de haber pasado el Garona y entrado en Poitiers, cuando llegaron á las márgenes del Loira,

cerca de Tours, hubieron de hacer alto, mal de su grado, á vista del ejército de los francos, mandado por el bravo Carlos Martel, el héroe de su siglo.

II.

Durante el reinado de los últimos reyes de Francia pertenecientes á la raza Merovingia y descendientes de Clovis, el mayordomo ó jefe de palacio era el primer personaje del reino. Estos reyes, llamados con razon haraganes é incapaces de gobernar, fueron primero despreciados y al fin desposeídos por la nacion, que no podia menos de comparar su negligencia y su pereza con la actividad y energia de los gefes de palacio. Asi es que antes de Childerico III, que fué destronado y encerrado en un convento, ya los mayordomos ó gefes de palacio lo disponian todo á su arbitrio y sin consultar para nada al verdadero soberano, ellos daban las órdenes, mandaban los ejércitos é invertian segun mejor les parecia los tesoros del Estado, resultando de aqui que ellos venian á ser los verdaderos monarcas de hecho; hasta que poco á poco y con aplauso del pueblo, llegaron de hecho y de derecho á conquistar el poder.

Fortuna de la Francia y aun de toda la cristiandad, fué que al verificarse la irrupcion de los sarracenos, se hallase de jefe de palacio el valeroso Carlos Martel, tan temido en las batallas. Por mas que la estirpe de sus reyes hubiese degenerado, los francos eran un pueblo tan intrépido como amigo de su independencia, y á la voz de Carlos Martel todos los guerreros de la Francia, inflamados de amor patrio corrieron á las armas, comprendiendo que habia llegado el momento de hacer el supremo esfuerzo, para librarse de el yugo de los bárbaros que todo lo venian arrasando por donde quiera que pasaban.

Entre Tours y Poitiers fué donde se avistaron los dos ejércitos: el de los francos, pequeño pero compacto y bien organizado, y el de los árabes inmenso y compuesto de una muchedumbre heterogénea que cubria todas aquellas llanuras en que un siglo antes se habia decidido la suerte de Alarico y sus visigodos. Eudon, duque de Aquitania, aliado leal de Carlos Martel y enemigo mortal de los árabes, despues de inquietarlos incesantemente en su marcha, habia venido, no sin peligro, á reunirse al ejército de los francos, y tanto él como sus godos espanoles ó descendientes de espanoles, estaban llenos de ardor como quienes tenian en aquellos campos hasta ofensas personales que vengar.

Por algunos dias los ejércitos permanecieron uno enfrente de otro y sin acometerse. Los francos habian tomado una excelente posicion desde la que podian observar con mas curiosidad que temor á tantos enemigos de tan feroz catadura, cuyos ojos negros y atezado semblante contrastaban con la blancura de su ropage, excepto en los gefes, que lucian ricos trages de vistosos colores, cruzando de una á otra parte por el campo, en caballos ligeros como el viento y blandiendo los corvos sables damasquinos. A los árabes les imponia la quietud y silencio de el ejército contrario, y contemplaban tambien con admiracion aquellos hombres altos, robustos, de ojos azules y rubio cabello, capaces de manejar tan pesadas y relucientes armas como las que sostenian sus manos.

El impaciente Abderramen fué el primero que dió la señal del combate, y en el momento aquella inmensa mul-

titud de infieles se precipitó sobre la línea de los francos con el ímpetu del huracan. Los guerreros de Carlos Martel, inmóviles en sus posiciones, ni bajaron lanzas, ni tiraron de las espadas para recibir al enemigo; mas cuando le tuvieron á determinada distancia, echaron de improviso mano á el hacha de acerado hierro y mango muy corto, llamada la *francisca*, que cada uno llevaba pendiente de la cintura, y las lanzaron al enemigo con el brio y certero pulso con que ellos solos sabian hacerlo. Las hachas van silbando por el aire á clavarse profundamente en los escudos, en las cabezas de los caballos y en el cráneo de los ginetes. Con tan imprevisto recibimiento, toda la furia de los árabes se quebranta, sus filas se desordenan y los que llegan hasta los francos es para perecer infaliblemente al filo de sus espadas. Pero ¿qué les importa el número á los sectarios de Mahoma? á los que caen suceden otros de reemplazo y vuelven de nuevo á la carga, animados por Abderramen, que blandiendo su sable les grita furioso, señalando al enemigo y escitando su codicia:

—Esos hombres y sus mugeres y sus hijos han de ser nuestros esclavos.... nuestro ha de ser cuanto poseen. Adelante..... para nosotros los despojos de la Francia.

Y los árabes se lanzan frenéticos, y á costa de sangre y desesperados esfuerzos arrollan y rompen por algunas partes las filas de los francos y los envuelven y los desordenan y los esterminan con espantosa gritería, celebrando ya la victoria á los gritos de—¡Allah! ¡Allah!

Carlos Martel que combate como el último soldado, fluctua ya entre perecer alli con todos ó dar la señal de la retirada, cuando se le aparece el duque de Aquitania, que no teniendo el mando supremo del ejército, viene sin duda á ponerse de acuerdo con él, en aquel supremo conflicto.

Carlos mirándole tristemente, le dice:

—Forzoso es morir aqui por Dios y por la Francia.

El valiente Eudon viene rendido de cansancio, con las armas quebrantadas y tintas de sangre enemiga, pero viene exaltado, furioso y grita:

—Señor ¿me dejais hacer á mí? ¡Los momentos urgen!

—Dispon como quieras, contesta Carlos Martel, pero tuyos sean ya el honor ó el oprobio de esta jornada.

III.

Cuando mas apurados se hallaban los valientes soldados de la Francia, y cuando la repentina desaparicion de Eudon y de los suyos hizo por todo el campo cundir el desaliento, y aun que por algunos impacientes se pronunciase la palabra; ¡traicion! un suceso extraordinario llamó poderosamente la atencion de ambos ejércitos, difundiendo un pánico terror en el de los árabes, hasta entonces vencedores.

Allá á lo lejos á espaldas de los combatientes, se levantaban hácia el cielo columnas de negro y denso humo, á las que sucedió bien pronto el fatídico resplandor de las llamas, que esparcian por todo el campo una rojiza y como fúnebre claridad. Ardía todo el campamento de los árabes con sus infinitas tiendas de campana, bagajes y tesoros, fruto de sus rapinas y conquistas. Eudon, duque de Aquitania, con sus ligeros y audaces montaneses de uno y otro lado de los Pirineos, yendo por medio de un hábil rodeo á caer de sorpresa sobre el campamento, era el autor de aquel incendio que cundiendo con rapidez espantosa, hizo á los árabes

abandonar el combate para acudir antes que á todo, y poseídos por la codicia, á salvar sus inmensas riquezas. Pero el incendio era ya imposible de apagar, y lejos de salvar sus tesoros, los árabes perseguidos de cerca por los francos y acosados por las llamas y los temerarios soldados de Eudon, sucumben por completo, y toda la línea de batalla se convierte en una espantosa carnicería de que ofrece pocos ejemplos la historia. Muchos y buenos soldados de Eudon perecieron en su atrevida maniobra; mas ¿qué importa el sacrificio de estos valientes en cambio de la salvación de el ejército aliado, de la Francia, y de la cristiandad?

Los gefes vencedores fueron en todas partes objeto de las mayores ovaciones, y el recibimiento que á Carlos Martel hizo el entusiasta pueblo de París, no fué mas que el preludio de su aclamación solemne como soberano de la Francia y fundador de una nueva dinastía que había de hacer olvidar bien pronto la vergonzosa ociosidad de los reinos anteriores.

De los cuatrocientos mil árabes que invadieron la Francia, la mayor parte quedó en el campo de batalla de Tours, y los restos que pudieron repasar los Pirineos, hubieron de renunciar para siempre á sus proyectos ambiciosos con tan terrible escarmiento. El descalabro que sufrieron en Francia, fué un auxilio providencial para salvar las reliquias de la España cristiana que llenas de fé y de esperanza se abrigan en las montañas de la parte septentrional de la península, desde Asturias á Navarra.

La nueva de tan desastrosa derrota fué á resonar tristemente hasta en los últimos confines del Asia, y sobre todo en Damasco, córte del Califa, y el efecto moral que produjo fué todavía de mas funesta influencia que las mismas pérdidas materiales. Aquellos orgullosos árabes á cuya ambición parece que no podía bastar la conquista del mundo; aquellos que habían paseado sus triunfantes armas por las arenas de Africa, y desde el Guadalquivir al Ebro, comprendían, bien á pesar suyo, que al fin podían ser vencidos.

Ya no bastaba gritar ¡Allah! ¡Allah! para quedar dueños del campo, ni para imponer por doquiera sus falsas creencias. Este primer ataque á su fé, desvanecía y hacia pedazos todo el prestigio del nombre árabe. Ya el Corán no contenía á los pueblos vencidos: ya la media luna no era el garante seguro de la victoria.

FRANCISCO F. VILLABRILLE.

LA MUGER EN TODOS LOS PUEBLOS.

(Conclusion.)

X.

Ya hemos visto la condicion de la muger en la antigüedad y aun algo posteriormente, y ofrecimos completar el cuadro de la edad media, especialmente de los tiempos y costumbres caballerescas tan realzadas en los modernos. Presentaremos unas y otras en bosquejo, á fin de que vean por sí mismas nuestras lectoras si no han sido mas brillantes que reales, si un sexo les ha debido tanto como se supone.

La religion, civilizando á los pueblos había emancipado de la dependencia del hombre á su dulce companera, objeto entre los gentiles de un culto material, á lo menos, por su cualidad de hermosa. Iba en los siglos medios mejorando su suerte á la vez que mejoraba el estado social, cuando nació la caballería, mezcla de sentimientos, de usos y de instituciones difícil de definir, y que no puede ser conocida mas que por sus efectos; hija tambien del cristianismo: exaltacion de generosidad que impulsaba á respetar, á proteger al débil, cualquiera que fuese; á mostrarse liberal hasta la prodigalidad, á venerar á la muger, la cual llegó á ser por algun tiempo objeto de un amor noble que elevaba las facultades morales, encaminándolas al bien; todo esto, impregnado de un tinte particular, de un carácter religioso que excitaba y consagraba las hazanas, era la caballería en sus buenos tiempos, cuando las guerras no tenían por origen pasiones egoistas, sino amor á la gloria.

Tuvo su origen esta institucion entre los árabes de España, y hasta las órdenes militares se modelaron en las de sus guardianes fronterizos. Pero tampoco se puede negar á los germanos, cuya veneracion á la muger se aproximaba al culto, el fundamento á la vez de la caballería, y suyo es solo el establecimiento de los torneos.

No aparece la caballería en un solo pais, y antes que en otros se desarrolla en el nuestro, excitando, aun cuando jamás rayó en la sublimidad que tenia por objeto, nobles esfuerzos; viniendo á ser un manantial de generosidad.

Se pueden distinguir tres épocas en la historia de la caballería: una heroica, en que prevalece la guerra sobre la galantería, otra casi femenina, de dulces inspiraciones y cortesías modales, y la tercera artificial, reposando enteramente sobre lo falso, en que el entusiasmo es imitacion, á tal extremo, que el de interés cede su puesto al cálculo, y que el caballero vende su espada. Y esta es la que dá lugar, en parte, á la novela satírica de Cervantes.

No nos ocuparemos de la primera con sus castillos y armas feudales, sus cruzadas y conquistas, de sus caballeros masa de hierro y de bronce, mezcla singular de costumbres contradictorias, el amor de Dios sobre el de la dama á quien servía, la devoción sobre la galantería, la santidad y el heroísmo, la caridad y la venganza, el claustro y el campo de batalla.

Es nuestro objeto la segunda, de origen necesario, pues si el deseo de conquistar la Tierra Santa, y el de proteger á los débiles contra la tiranía feudal, inspiró á los héroes juveniles el pensamiento de demostrar su denuedo en aquellos tiempos de energía, pensamiento que consagró la Iglesia, tras la fatiga de las lides habían de buscar tantos jóvenes generosos la paz de los amores. En esta segunda época se consagraban principalmente los caballeros al bello sexo, y le consagraban sus proezas, protegiendo á la muger, fuese infiel ó cristiana. La historia de los torneos tan conocida, nos escusa entrar en detalles acerca de lo que han debido las damas á sus paladines durante el período á que nos referimos. La novela y la historia, la poesía y las artes se han ejercitado á porfía en describir las costumbres caballerescas de no remotos siglos y sus magnánimas acciones.

Establecida una especie de culto á la muger, fué proclamada juez de la cortesía y de la proeza. Rudas todavía las costumbres, efecto del anterior estado de guerra, vióse ablandar la dureza cuando fué dirigido el brazo del fuerte

por el irresistible poder de la debilidad. Puestas así en juego pasiones mas nobles y mas puras que las ordinarias; ¡qué extraño que Dante y Petrarca, Ariosto y el Tasso, Cervantes y Lope, Garcilaso y Calderon se hallasen inspirados por los sentimientos caballerescos!

Pero esta institucion, eminentemente moral, fundada en el valor, verdadero tipo ideal, jamás tuvo completo desarrollo. Era por otra parte muy limitado el número de sus afiliados, generalmente nobles; y si alguna vez existió la perfección de la virtud caballeresca, fué de muy corta duracion y limitada á un escaso número de adalides. Mas ganosos casi todos estos jóvenes guerreros de acreditar valor que virtud, empleaban su bravura en satisfacer sus rencores y enemistades personales; y el amor degeneró en galantería insípida, y vinieron las prácticas supersticiosas que produjeron la caballería andante, período estravagante de la institucion.

Ya en el siglo XIV se ponía en ridículo la inquieta manía de ir en demanda de aventuras, los juramentos de amor prodigados á todas las hermosuras. Finalmente, sin objeto la caballería, por cesacion de los males á cuyo remedio estaba destinada, vivió solo en la historia. Y es de notar que en ninguna parte fué tan pura como en España, que ningunos otros caballeros fueron como los españoles tan desinteresados y respetuosos con la muger, tan galantes y corteses con las damas. Pero aun así, aun concediendo que esta pública estimacion tuviese influjo en que todos la tributasen al bello sexo, limitada como era la de los caballeros á la muger, objeto de sus sacrificios; estendida cuando mas, á las que constituían por su belleza, la que podriamos llamar corte del amor, la condicion de todas no recibía por aquellas lides y obsequios un señalado beneficio. En esa solicitud tan elogiada de los caballeros antiguos por el otro sexo, había mas de vanidad que de sentimiento, su respeto era mas exterior que profundo, su rendimiento brillaba mas en los torneos que en el hogar doméstico. Por esto no le debió tanto la muger como generalmente se cree, aunque les debió algo, y mucho la sociedad.

XI.

No busquemos grandes progresos en la mejora del sexo débil en los tiempos en que se afanaban las naciones, multiplicando los medios de existencia, por fundar en medio de crueles privaciones y sufrimientos el orden necesario á toda sociedad. Primero en las guerras casi continuas, y despues en las hambres y calamidades, su cortejo por lo general, se han estrellado á menudo los esfuerzos de la humanidad por sus propios adelantos, venciendo al fin en tan desesperada lucha la causa de la civilizacion. ¡Que extraño no haya sido considerada cual merece, ni debidamente respetada en épocas tan azarosas la débil y sufrida muger, victima tantas veces de lo precario de la existencia de los individuos! ¡Cómo respetarla estos ni protegerla, siempre en peligro y los mismos pueblos! Cuando el instinto de la conservacion, asfen los hombres como en los estados, obligaba á unos y otros á sacrificarlo todo por salvarse, no era la época mejor para honrar y enaltecer en el seno de la familia á la madre y á la hija, ni para rodearla fuera del hogar doméstico de las atenciones, que solo una paz sólida y una cultura verdadera pueden procurar á una y otra. El

abandono, por otra parte, en que tantos guerreros dejaban á sus esposas, no podía serles favorable, porque no todas podian guardar una vida tan retirada en el interior de su castillo como las mugeres de Oriente.

Corrompidas las costumbres por las guerras, que han sido el estado casi normal de la Europa y tanto han atrasado el desenvolvimiento del espíritu humano, á medida que se ha hecho paso la ilustracion, han cedido los males de la especie, sin distincion de sexo; y si desde luego no ha sido realzado moralmente el bello, la galantería de los batalladores comenzó por suavizar las costumbres, y dulcificar las relaciones entre los dos seres necesarios. A los rudos conquistadores que arrancaban á la esposa de los brazos del esposo, y á la hija de los del padre, sucedieron reyes amables y amigos del fausto y esplendor de su corte, ofreciendo con el que desplegaron una ocasion brillante, que no desaprovechó la muger para conquistar por sí el lugar á que la naturaleza la destinó, y elevarse á la altura á que la corresponde.

La vida de la corte desarrolló entre las damas, que eran su mas bello ornamento, mas de una elevada inteligencia; y en época en que apenas sabian escribir los cortesanos, consagraron muchas señoras al estudio. Fueron las italianas las primeras que, sin guia ni otro móvil que el de ilustrarse, escudriñaron los antiguos tesoros del espíritu humano, y al punto encontraron por do quier, y para honor de su sexo, numerosas compañeras.

La hija de Luis XII, la noble y virtuosa Renée, y otras muchas cultivaban en Francia todos los ramos del saber, sin desdeñar la casi impenetrable astronomía. La madre de Francisco I, Luisa de Saboya, Margarita de Austria y María de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, estaban en correspondencia con los sabios en el idioma de Ciceron y de Tácito. La hermana de Francisco I, que reunía á las virtudes de la muger un espíritu varonil y un talento estráordinario, fué la delicia de su tiempo por sus poesías y otras obras. Su hija, Juana de Albret, mereció por sus composiciones el dictado de *boca de oro*, y Margarita, primera muger de Enrique IV, á quien se oyó con asombro responder en el latin mas puro á un embajador de Polonia, dejó unas *Memorias*, á cuyo mérito hizo la debida justicia su siglo. María Estuardo realzó su belleza con los encantos de su ingenio, y los ejemplos de todas estas mugeres de sangre real, produjeron en el país vecino las Duprat, las Morel y la duquesa de Retz.

Al mismo tiempo habia visto Inglaterra traducir y comentar á Catalina Parr, última muger de Enrique IV, una obra profunda; distinguióse á las princesas María é Isabel por el cultivo de sus felices disposiciones para las letras, y subir al cadalso la heroica é infortunada Juana Grey, consolando á su hermana en la lengua que sirvió á Platon para probar la inmortalidad del alma. Lady Burleigh y lady Bacon estaban mas orgullosas de su talento que de su rango y opulencia, y las tres hijas del canceller Morus, escribian cartas latinas que tanto ha elogiado Erasmo.

No se quedó atrás la España en este movimiento intelectual, tan feliz para la muger, que se atrajo de esta suerte la estimación que nunca debió el hombre escatimar, y por un impulso instintivo, providencial, tomó de nuevo parte en esta cruzada del genio, en este alarde magnífico de su sexo; y en medio de la ignorancia general brotaron como por encanto las Isabeles de Rosales y de Córdoba, las Catalinas de



Rivera, las Luisas de Toledo, y tantas otras cuyas producciones han enriquecido las ciencias y enaltecido el nombre español en el mundo sabio.

Esta empresa literaria y general que la muger acometió, diríase que avergonzada de la ignorancia de su opresor, y por mostrarse tan digna como era, preparó una era notable en la historia del espíritu humano, el siglo XVII. Digámoslo con verdad en honor de las mugeres: á ellas se debió que, reconociéndose el hombre, volviese por su dignidad, en el doble sentido de consagrarse debidamente á los trabajos del entendimiento, y de ver en ellas su felicidad, que insensato, había tenido tan en menos hasta entonces.

Y como no abandonaron sus útiles tareas, ganado que hubieron en la sociedad y en la familia el puesto que de derecho les competía, no decayó el impulso que así dieron á las luces, antes conservaron, especialmente en Francia, su superioridad en la literatura ligera durante toda la grande época desde el siglo XVII, contribuyendo muy poderosamente con sus escritos á formar el gusto y á perfeccionar el idioma.

La muger, destinada á dirigir al hombre en su infancia, á cultivar los primeros gérmenes de su inteligencia, no hizo sino seguir el irresistible impulso de su naturaleza al provocar el desarrollo del genio humano. Rodeada de los encantos del amor y de la belleza, aceptóse con agrado la ciencia, y desenvolviéndose la inteligencia, dulcificó y multiplicó las relaciones entre ambos sexos. Verdad es que no siempre fué compañera la virtud de este comercio literario, que cita la Francia á Marion de Lorme y á Ninon de l'Enclos; pero si en el mundo no es raro ver mas de un vicio embellecido por los atractivos del espíritu, hay que confesar los beneficios para todo de la civilización.

XII.

Personas no tan afectas como nosotros á la que enjuga nuestro primer llanto, y aun á costa de su vida nos dá la vida y nos guía por el sendero áspero y estrecho de esa misma vida, y es siempre nuestro consuelo y esperanza, nuestro refugio y providencia, han supuesto á la muger en alguno de los últimos siglos tan rebajada como algunas cortesanas de celebridad poco envidiable. Porque una señorita de Guerchy, una duquesa de Longueville, ó de Montbazon, una condesa de Olonne, ó una princesa de Monaco en Francia; porque las de Cleveland y de Portsmouth, en Inglaterra, hayan dado que decir al siglo XVII, no es ni lógico ni justo juzgar á todo su sexo corrompido.

Y no podían los que han procedido tan ligeramente dar una prueba mas completa del exceso de su amor propio, causa casi siempre de no haber tributado á nuestra compañera todas las consideraciones que por la naturaleza y la religión, por gratitud y por heroísmo se la deben. Por lo mismo que no están ni pueden ofrecer á la historia sino unos cuantos nombres rebuscados en toda la Europa, y que la posición de las personas que les llevaron no era la comun, no era la general, no debieron apreciar esta normal por aquella escepcional y propia por su índole, para deslumbrar el juicio mas recto. Y nótese, para honra y orgullo de nuestras españolas, que en ninguna obra estrangera, y escrita por personas estrangeras, se consigna nombre alguno de española que pudiera empañar la bien sentada reputación gene-

ral de sus compatriotas: dicen sí que, cuando allí se dulcificaban poco á poco las costumbres, y las mugeres, menos entregadas á los caprichos brutales y crueles de hombres ignorantes y depravados, adquirían mayor libertad, eran aquí tratadas como en Oriente.

Una escritora estrangera ha dicho que vivía como una reclusa la española de alto rango, que rara vez se presentaba con su esposa el esposo, que solo paseaba en coche cubierto el primer año de su matrimonio, que no podía recibir una visita sin permiso de su marido, que no la llevaba á la sociedad y que ni ella ni sus hijos comían á su mesa. Hay en esta pintura exageración é inexactitud, y no es necesario advertir donde está una y otra. Nuestros antepasados han sido muy buenos esposos y padres, aun cuando no hubiesen sido muy galantes, para que á su presencia comiesen en el suelo, con las piernas cruzadas, los objetos de su mayor cariño. Eso de sentadas con las piernas cruzadas, es una reminiscencia tan árabe, que nada tiene de particular que un escritor de allende el Pirineo, tan poco conocedor como son de nuestras costumbres los de su país, hayan sentido magistralmente la existencia de una costumbre de nuestros antiguos dominadores, como si las hubiésemos adoptado en su totalidad y conservado en su pureza. Otras se achacan también á nuestras españolas de los últimos siglos, que ni nos tomaremos la pena de mencionar. Tan evidente es su falta de verdad.

No son tratadas con menor ligereza, si bien con mayor favor, las portuguesas. Encerradas como las españolas, eran tratadas se dice, como una especie de divinidad: los mismos sacerdotes se arrodillaban ante ellas, y les besaban la mano.

No estaban menos aprisionadas las italianas, sin distinción en este punto las casadas de las solteras. Asomadas al balcón únicamente los días de fiesta, iban solas al teatro, á un lugar separado de los hombres, reuniéndose solamente ambos sexos en los bailes y banquetes, donde cada dama tenía detrás de su asiento á su esposo para servirla.

En Venecia gozaban menos libertad que las religiosas las mugeres casadas, y en Génova existió la bárbara costumbre de ensuciar á las que iban solas, ó señalarlas el rostro para siempre, obligándolas á no salir jamás de su casa.

XIII.

Escepcion hecha de España, donde dígame lo que se quiera, fueron ejemplares el recogimiento y austeridad de las costumbres, el respeto y deferencia al bello sexo (así lo consigna la historia, así la tradición hasta nuestros días); convenimos en que para encontrar los hábitos sencillos y purísimos de la familia, en los tiempos que acababan de pasar, es preciso trasladarse á Alemania, país afortunado en que no tiene límites el respeto á la muger, y cuya prosperidad comercial es debida en gran parte á sus especiales cualidades para llevar la caja y contabilidad de las casas de negocios.

También la Inglaterra y la Escocia, participando del movimiento religioso de la reforma, adoptaron los principios de moralidad que nuestros mayores, y el bienestar de la muger tan estrechamente ligada al desarrollo de la civilización, al progreso intelectual y material, fué mejorándose y rompiéndose los grillos que la oprimían y tomando de día en día en la familia la autoridad á que por todo está llamada.

Algo debe la mujer á la revolucion francesa, que hizo brillar á tantas de su sexo. Todas las naciones, cualquiera que sea la distancia que les separe y el grado de su civilización, comprenden, mas ó menos, las relaciones de entrambos sexos, y el puesto por consiguiente que la mujer debe ocupar. Aun en los países del Norte se suaviza el rigor de la autoridad paternal y material, en lo que tiene de feroz, y va adquiriendo la mujer los derechos que la sociedad y las leyes la negaron.

Esle ser tan dulce, tan amoroso, que crea el centro de la vida íntima y es á la vez su alma y ornamento, ve crecer cada día su influencia en las naciones ilustradas. La actividad febril de la época, llevándonos á surcar los mares, á encadenar las mas apartadas regiones, á anular el espacio con el poder del genio, angosta todavía los estrechos límites de nuestra existencia. Fáltanos el tiempo para ejecutar nuestros proyectos, tocamos á nuestro fin antes de aguardarle, y queremos recorrer mas allá de nuestra vida los mundos que ha entrevisto nuestra imaginación. Esta necesidad de todos los espíritus, ligando estrechamente á los hombres que dejan esta peregrinación con los que la emprendan, anuda fuertemente los lazos de familia y eleva mas y mas á la mujer destinada á ser su fundador, no solo física sino moralmente.

El hombre, en medio de sus penas y de sus fatigas incasantes, anhela encontrar á cada instante una compañera que le acoja, que le aliente constantemente; preocupado con sus proyectos y empresas, conoce cuan preciosa es una amiga inteligente que vela en su ausencia por el fruto de su trabajo y por el porvenir de sus hijos.

Hé aquí como el progreso material completa en nuestros días la obra en los pasados del cristianismo y de la ilustración, compañeros inseparables destinados todavía á realzar mas y mas en bien de la humanidad á la criatura que tanto influye en su suerte sin desnaturalizarla, como han pretendido los que quieren ponerla al mismo nivel en todo que al hombre, sin considerar la inabarcable diferencia que existe.

La mujer, que siendo la base de la familia, lo es de la sociedad, merece atenciones y respetos de todos, y muy especialmente que se atienda su educación é instrucción con el mismo ó mayor esmero y solicitud que las del hombre, por ser no menos importante el destino de la mujer para el bienestar de la familia y de la sociedad.

A. P.

LA MADRE JUANA.

Aunque interiormente soy admirador apasionado del campo, y á esta vida dulce y sencilla se refieren los mejores recuerdos de mi infancia, no profeso, sin embargo, muy fervoroso culto hácia los bonachones lugareños, los toscos campesinos y las sencillas pastoras. Las pastorales no se estilan ya ni en los pueblos ni en las ciudades, porque lo vulgar domina y lo pintoresco desaparece.

Muchas veces he estado por las noches en las cuadras, ó calentándome bajo la elevada chimenea de las quintas, donde he oído muchas canciones y cuentos; pero por mas que he

buscado en mis recuerdos, positivamente la poesía no se hallaba prodigada con exceso en esas patriarcales conferencias de las reuniones campestres. Una sola vez me conmoví vivamente, y todavía me acuerdo. Tuve la revelación de toda una vida entera, monótona, dolorosa y resignada. Entonces comprendí cuál era la virtud de esas infelices mugeres que, encorvadas en medio del sol, las vemos que van por los surcos rebuscando su miserable gavilla, ó pasmadas con las nieblas del invierno van á los bosques á pedir una triste limosna para sus hogares.

¡Pobre vieja! me parece que ahora la estoy viendo formar maquinalmente trenzas de paja y dejar caer su cabeza abrumada con aquel humilde trabajo, que aun medio dormida no interrumpía. Las muchachas se burlaban de su paciencia.

—Madre Juana, la decían, con toda la paja que vd. ha trenzado en este mundo se le podía hacer un sombrero al monte Puy-do-Dome.

Sonreíase ella gratamente.

—Chicas, les contestaba, hace mucho tiempo que trabajo.

De fijo no se sabía su edad. Había ella alcanzado la gran revolucion, y en su infancia pudo jugar con los derribados escudos de los señores; nos cantaba coplas de la sangrienta época.

Han venido al castillo de Anzerat,
A echar por tierra las altas torres.

Pero su repertorio se remontaba mas lejos, porque sabía refranes en que terriblemente se notaba el olor á pólvora.

Nuestro señor es un duende
Que está siempre atormentando á las pastoras.

La madre Juana era un verdadero tipo, que ya debe estar descansando en el cementerio. Al verla siempre lo mismo, trabajando sin nunca quejarse, riéndose con la juventud y talareando sus antiguos recuerdos, de positivo no creeríamos hubiese ideas tristes bajo aquella frente muy arrugada. Pero, sin embargo, ¡qué penas!... Había ella padecido la miseria, y llorado su aislamiento, pensando en la dicha de los vínculos de familia.

Su historia es sencillísima; pero casi lloré al oirla, y al pensar en ella, advierto que se me hieló el corazón.

Nos la estuvo ella misma refiriendo una noche de noviembre, que nos hallábamos en la quinta de la Valeria. Los boyeros y los vaqueros se reían brutalmente, mientras recordaba ella las dolorosas sensaciones de su vida pasada.

—Cuéntenos vd., la decían, historias de aparecidos, que son mas entretenidas.

Bondadosos campesinos, os estremeceis al oír hablar de duendes, de espíritus malignos, eccétera, y guardais vuestra compasión para las víctimas de las apariciones nocturnas; mas el padecimiento de esta pobre anciana que á vuestro lado teneis, y del cual vuestros padres han sido testigos, sin procurar suavizarlo, no puede interesaros, y una patraña sería mas divertida, ¿no es así? Pues entonces, ¡vivan las costumbres del campo, donde los corazones han conservado todos sus buenos instintos!—Hay muchas frases bonitas que no son muy verdaderas.

Era, pues, una noche de noviembre, y nos hallábamos

reunidos muchos en la Valeria. Estaban cayendo en los campos las primeras nieves, y nos apiñábamos alrededor del hogar, pensando oportunamente que fuera haría mucho mas frio.

Nos habian dado una buena cena de morcillas muy frescas, humedecidas con copiosos tragos de vino, tambien nuevo; pero en aquel año se habia presentado un cometa, y cada cual se extasiaba hablando acerca de él.

De todos modos, habia desatado las lenguas, y á las narraciones siguieron los cantares, tomando parte en el rústico concierto la madre Juana, que sabia muchos y muy lindos. Y aunque su voz estaba ya algo trémula, era dulce, simpática y muy arreglada, lo cual es raro entre las pastoras cantantes.

—En mi tiempo he cantado muy bien, decia la madre Juana, y mis coplas me han escusado muchas lágrimas.

—¿Cómo ha sido eso, madre Juana?

—Consolándome, amigos míos.

—¡Ah! madre Juana, le dije, cuéntenos vd. su historia.

Se hizo rogar poco y en seguida accedió.

—Pues vamos, dijo, que apenas hay ya quien pueda referirselo á vds., porque á todos los he visto nacer y á muchos morir, y cuando llegare mi turno, estará bien que sepan ustedes á quien van á colocar en la tierra.

Acercó entonces sus pies al chispeante fuego; cogió mas paja para su interminable trenza, y habiéndose cada cual agrupado alrededor de ella nos hizo la relacion siguiente:

—Hijos míos, tendria yo como tres semanas de nacida, cuando á dos leguas de aquí me recogieron al pié de una cerca. Mis padres, á quien Dios haya perdonado, no tenían positivamente que comer: nunca supe quienes fueran, y este ha sido el gran pesar de mi vida. El labrador que me encontró, iba al prado con sus vacas, tan á tiempo, que en seguida pudo darme algunas gotas de leche, porque aun entonces padecía yo hambre. Aquel hombre, aunque bueno, no era rico; me abrigó con su ropa y por la noche me llevó á la ciudad, donde me recibieron en un convento.

Cuando mi inteligencia comenzó á desarrollarse, las religiosas me enseñaron á rezar, lo cual es bueno y muy consolador. En aquel convento casi me consideraba yo feliz, porque ni sentia el hambre ni el frio y empezaba á entonar en la capilla los sagrados cánticos. Nunca habia yo pensado en mis padres, pues ninguna de las que allí estaban los tenia, y á todas las religiosas llamábamos madre, sin saber lo que decíamos.—Mi mayor placer era subirme, cuando no me veían, á lo alto del campanario, y por las ventanillas me ponía á ver la ciudad, y además de los edificios los campos, los árboles y los montes. Estaba allí todo el tiempo que podía, entonando mis mas hermosos cánticos en voz baja, á fin de que no me sorprendieran. Me daba sumo deseo deirme por aquellas llanuras que veía á lo lejos, y se me figuraba que se debía ser feliz bajo aquellos árboles y junto aquellos arroyos, que brillaban con el sol como el plateado vestido de la Santísima Virgen.

Cierto dia, hallándome yo dispuesta á realizar todas estas ilusiones, oí en la ciudad gran estruendo de gritos y cantares, que por cierto no eran cánticos, sino canciones que horrorizaban y que al parecer blasfemaban del santo nombre de Dios. Vi recorriendo las calles á muchos hombres con fusiles y horquillas y á mugeres con gorros colorados, dando todos alaridos como

condenados. Llamaron á la puerta del convento, y como no les abrieron, la forzaron. Pueden vds. imaginarse si desde lo alto de la torre estaria yo temblando y si me atreveria á bajar.... En aquellos tiempos, queridos míos, pasaban cosas muy tristes.... Los hombres eran malísimos; cogieron á las infelices religiosas y las llevaron presas, no sin injurias y darlas golpes. Las ví pasar al pié del campanario, donde sin saber qué hacerme, estuve hasta la noche. Bien entrada esta, me bajé muy quedo y me salí por medio de las solitarias calles.

No tenia yo sino una idea, y era la deirme por esos campos que tantas veces habia admirado, y pedir limosna por los pueblos. Cuando á mi alrededor no ví ya paredes, sentí únicamente el pesar y el cansancio. Caminaba yo á la aventura, tropezando con las piedras y empapada con el rocío de la noche. Tenia tambien mucha hambre; felizmente me dió sueño, y acostándome al pié de un árbol, olvidé por un momento todas mis penas.

Desperté muy entrado el dia y no pensé mas en llorar, porque todo alrededor mio estaba hermosísimo; los grandes pastos llenos de margaritas y los setos vivos cuajados de madre-selvas, y por la primera vez oí cantar el ruiseñor. No sentia yo haber salido de aquel convento oscuro y triste, y parecíame que iba á comenzar á ser dichosa. Pero en medio de mi júbilo sorprendiome el hambre. No estaba yo, por cierto, acostumbrada á ella é iba á echarme á llorar, cuando me encontré con una buena muger que por allí andaba guardando sus corderos. Hizo que le refiriera yo mi historia y me tomó como criada suya. Tenia buen corazon, porque al principio apenas ganaba yo para mantenerme, y sin embargo, no me dejaba carecer de nada; me enseñó á hilar, á amasar pan y guardar el ganado, sin nunca darme golpes ni decirme malas palabras. Unicamente padecía yo, cuando veía que ella abrazaba á su hija. Era una niñería en mí el tener celos de aquella pequenita, mi primera compañera; mas algunas veces no podía contenerme. ¡Cuán gratas nos deben ser las caricias y los cuidados de una madre! Debía yo comprender que no era como los demás, que no estaba en mi casa con mis padres... No saben vds. lo penoso que es hallarse en todas partes como un extraño. No me trataban mal, pero tampoco me acariciaban. Así, cuando veía yo á las niñas colgadas de los vestidos de las madres, y que iban tan libres y tan mimadas, sentia que se me saltaban las lágrimas. Ya les he dicho á vds. que lo que mas me consolaba, eran mis cantares, y al guardar el ganado, recordaba yo los que habia oído, y trayendo á la memoria y cantando todas aquellas coplas me ponía contenta.

Toda la vida me la he pasado, hijos míos, como les he dicho á vds., sirviendo á los demás y pensando en todas las amistades de que carecia, y señaladamente en mi madre que nunca me dió un abrazo. Quizá sea pecado decirlo, pero positivamente era mala muger, pues á no ser así, no habria dejado del todo aislada á una infeliz niña para que buscara su vida entre las personas caritativas y sin que tuviera por consuelo una compañía ni una caricia.

Mis padres me han hecho muy desgraciada la vida. Mientras yo era niña, no fué cuando sentí esto mas, porque únicamente me acordaba de que no los tenia y me quejaba de no poder querellos; pero mas adelante cuando ya fuí muger, sentí una privacion de otro género.

Segun vds. han visto, no habia sido yo hija de padres